

enemigos gratuitos de su majestad y provocado mil veces su rectísima venganza? ¡Oh! si esto pensaran y entendieran los ingratos y obcecados pecadores, ¡cómo retribuirían á un Dios tan indulgente el justísimo homenaje de su agradecimiento!

Mas, aparte de este beneficio inapreciable de la piedad divina, ¿de cuántos otros no le somos todos deudores? ¿qué de gracias particulares no hemos recibido todos, pecadores y justos, durante el largo trascurso del año? Entremos hoy, hermanos míos, dentro de nosotros mismos, y escuchemos el testimonio irrecusable de nuestra propia conciencia, que de seguro nos reprocha la infidelidad con que hemos correspondido á los múltiples llamamientos de la gracia. ¡Cuántas buenas inspiraciones no hemos desatendido y despreciado! ¡cuántos toques interiores y movimientos hacia el bien no hemos mirado con indiferencia! ¡cuántas veces no nos hemos hecho sordos á la voz de Dios que, ya interiormente, ya hiriendo nuestros oídos, nos convidaba y aun apremiaba á salir del pecado y entregarnos de corazón á su servicio! ¡cuántos remordimientos de conciencia y tristezas y desabrimientos de espíritu no nos advertían de nuestro mal estado, del justo enojo de Dios con nosotros, y del grave peligro que corría nuestra salvación! ¡cuántos sucesos imprevistos, en los cuales no hemos podido menos de ver la mano de la justicia divina, no nos han servido de despertadores para sacarnos de nuestro espiritual letargo! Y, finalmente, ¿cuántos buenos ejemplos, así dentro como fuera del hogar, no nos han estimulado á la práctica de la virtud? Este mismo templo y lugar santo, que tal vez no habéis frecuentado con la reverencia conveniente, que tal vez habéis indignamente profanado, ¿qué ha sido para vosotros sino

aquella fuente de que habla Zacarías, patente y rebo-sando ríos de gracia para los moradores de la querida casa de David: *Fons patens domui David*¹? ¡Oh! ¡si hubieseis sabido aprovecharla! ¡cuán otros fueran hoy los sentimientos de vuestro corazón! De todas maneras, ese cúmulo de beneficios en el orden de la salvación nos está convidando á todos á levantar la voz al cielo, así para confesar con llanto nuestras infidelidades, como para ensalzar y engrandecer las divinas misericordias que han dejado atrás la muchedumbre y enormidad de nuestras iniquidades: *Confitemini Domino, quoniam bonus, quoniam in sæculum misericordia eius*².

8. Mas, viniendo ya á tratar de los beneficios generales dispensados á Colombia, ¿quién será capaz de enumerar los infinitos que en el orden sobrenatural ha recibido de la pródiga mano del Señor? Porque no se crea que los bienes todos de que puede disfrutar una nación, pertenecen exclusivamente al orden natural y temporal, por ser temporal y pasajero el carácter de las sociedades civiles; pues, aunque esto sea así, no es menos cierto que, siendo sociedades compuestas de seres racionales y cristianos, de hijos de Dios destinados á la eterna bienaventuranza, esas mismas agrupaciones deben considerarse como medios ordenados á concurrir, en su manera, al fin sobrenatural del hombre, para el cual necesitan de gracias sobrenaturales, y pueden ser objeto de sobrenatural providencia por parte de Dios. Colombia lo ha sido de un modo evidente, así durante el año que hoy expira, como en todo el trascurso del siglo XIX. Y por esto, más que otras muchas naciones, se reconoce obligada á tributar á su Dios, en este día

¹ Zach. 13, 1.² Ps. 117, 1.

clásico, fervientes acciones de gracias, pudiendo ella decir con el Profeta: *Non fecit taliter omni nationi*: Lo que Dios ha hecho conmigo, no lo ha hecho con todas las naciones de nuestro continente¹.

Pero ¿cómo? me diréis: el año transcurrido ha sido uno de los más nefastos que registra la historia de Colombia, azotada en todo él por cruelísima guerra civil, diezmada por la peste, afligida por la crisis económica. ¿No nos dice el Pastor amantísimo de este rebaño: «Las lágrimas tienen que brotar de nuestros ojos, y el dolor oprime nuestro corazón»²? Y, refiriéndose á los sucesos de la centuria que va á terminarse, ¿no le oímos exclamar con amargura: «¡Cuántos males no tenemos que deplorar! Nuestro corazón de cristiano y de patriota se acongoja ante el espectáculo de tantas discordias civiles, tantos odios engendrados por las malas pasiones, tanta sangre de hermanos estérilmente derramada por culpa de hijos extraviados. Basta lo presente para que nuestro corazón se sienta acongojado, y para que, entre el vestíbulo y el altar, tengamos que derramar lágrimas de dolor al contemplar las escenas de desolación y muerte que se suceden en todo el territorio de la República, convertido desde hace tantos meses en campo de batalla»³?

Ciertamente, carísimos hermanos, los males enumerados son gravísimos, no sólo en el terreno del bienestar temporal, sino también, y acaso más, en el orden espiritual, de la moralidad y de la religión. Las costumbres relajadas, los inauditos crímenes perpetrados á mansalva,

¹ Ps. 147, 20.

² Pastoral del Ilmo. Sr. Arzobispo de Bogotá con ocasión del fin del siglo.

³ Ibid.

los sacrilegios y profanaciones son males que no hay bastantes lágrimas para llorarlos. Mas, por grandes que ellos sean, no nos cegarán hasta el punto de no dejarnos ver los bienes que durante esta época luctuosa ha recibido la nación, y ¡cosa notable! si no por causa, á lo menos con ocasión de las mismas desgracias que la han afligido, como quiera que el Dios sapientísimo y benignísimo, aun en el rigor de su justicia, acostumbra sacar bienes mayores que los males con que azota. He aquí lo que felizmente ha sucedido entre nosotros.

9. En efecto, si la guerra ha inmolado muchas y preciosas víctimas que la patria no acabará nunca de llorar, esas víctimas se han cubierto de gloria, y la han dado á la bandera en cuya defensa cayeron generosamente; esas víctimas, adornadas de inmarcesibles laureles, han legado un alto ejemplo de puro y santo patriotismo, ¿qué digo? de religioso entusiasmo, de amor á Cristo y á su Iglesia; y ese ejemplo, cual perfume de exquisita fragancia, no ha podido menos de alentar á las generaciones presentes, y habrán de aspirarlo con delicia las edades futuras. ¿No es éste un gran bien para Colombia, madre de héroes y mártires cristianos? ¿no es una bendición por la cual debe fervoroso hacimiento de gracias al Señor? Pues ¿qué diré del resultado hasta aquí obtenido en esas mismas contiendas fratricidas? Triste es desgarrarse con encarnizamiento los hermanos, y rasgar el seno materno los hijos de una misma patria, los miembros de una misma Iglesia; pero, dada la fatal necesidad de salir á la defensa del honor y la felicidad de la Madre común, ultrajados por hijos sin ley, arrastrados por pasiones bastardas, dulce y glorioso es para los buenos, al presentar á su madre los laureles del triunfo, poderle decir, cubiertos aún con

el polvo y la sangre del combate: «Aquí estamos de vuelta: hemos vindicado y puesto á salvo tus derechos, hemos ofrendado sangre y vida por defender la tuya, y, á Dios gracias, lo hemos conseguido: goza por muchos años de la paz y tranquilidad que te han devuelto nuestros sacrificios.»

Y así han podido hablar los buenos y valientes hijos de Colombia que han merecido bien de la patria y de la religión. Porque ellos han afianzado con su sangre generosa las sanas instituciones que son el honor de esta República cristiana. ¿Qué bien mayor en el orden moral que el triunfo de esas ideas tan rudamente combatidas por los enemigos de la Iglesia, las únicas que pueden cimentar la verdadera libertad y felicidad, aun temporal, de un país, y que de un modo tan eficaz cooperan á la salvación eterna de las almas? Cambiárlas por otras instituciones impías, y ¿qué vendrá á ser de la sociedad desquiciada en sus bases? ¿qué, de la moral pública y privada? ¿qué, de la instrucción y enseñanza oficial? ¿qué, de la religión de Cristo, perseguida más ó menos violentamente, aherrojada y escarnecida por el bando revolucionario en las naciones vecinas? ¿qué, en fin, de la gloria del Criador y del reinado social que de derecho le corresponde á Jesucristo? Nuestras instituciones políticas son, pues, un manantial de bienes de incalculable precio, que la bendita Providencia nos ha conservado hasta hoy, á pesar de los bruscos y reiterados ataques de las rebeliones armadas. Porque ¿quién puede ya desconocer (si no le ciega la pasión) cuál es el verdadero carácter de nuestras revueltas civiles? ¿quién no comprende el verdadero fin y objeto que persiguen los que alzan el estandarte de la rebelión contra el orden vigente? Aquí la gran cues-

tion, hermanos míos, preciso es confesarlo francamente, no es política sino religiosa, siendo todas las demás secundarias; y la cuestión religiosa no es tanto el bien supremo del hombre y de la sociedad, como el bien del mismo Dios, esto es, el interés de su honra y gloria entre los hombres. Y ¿qué mayor bien que éste, amados fieles? Pues esto es el bien que hasta hoy ha dispensado, después de largos años de infortunio, la divina Providencia á la venturosa Colombia, la cual, á pesar de las muchas calamidades que por el momento la afligen, es, todo bien visto, más feliz que esas otras naciones, al parecer más florecientes, pero que, caídas en la apostasía, han desterrado oficialmente á Dios, y en cuyos códigos no se reconoce á Jesucristo, soberano Señor y Legislador supremo de todas las naciones.

10. Resultado de esta visible protección del Señor sobre la familia colombiana, durante la centuria transcurrida, ha sido la conservación de la santa fe católica en la masa de la población; porque aquí la religión no ha sufrido, á pesar de las persecuciones, lastimosas y profundas heridas, como en otros muchos pueblos (de condiciones semejantes á las nuestras), que la han reducido á un estado de postración que la aproxima á la muerte. Por eso la piedad cristiana ha llegado á florecer con un brillo y solidez extraordinarios, como salta á la vista, no sólo en la capital de la República, sino en todas las poblaciones, hasta en las más apartadas de este centro. Díganlo las trece diócesis hasta hoy erigidas¹ en todo el territorio de la nación, cuya mayor parte lo han sido en este siglo; atestíguenlo las misiones entre fieles é infieles, los seminarios eclesiás-

¹ Posteriormente se han erigido otras nuevas.

ticos perfectamente organizados en casi todas las diócesis, las Órdenes regulares, tan numerosas y florecientes hoy en Colombia, eterna pesadilla de las sectas masónicas y revolucionarias, las Congregaciones de seglares, Hermandades y venerables Cofradías, antiguas y modernas, entre las que sobresalen por el número de sus adeptos las del Apostolado de la Oración y del sagrado Corazón de Jesús, de Nuestra Señora del Carmen, San José y San Luis Gonzaga, pobladas de innumerables hermanos y congregantes de toda edad, sexo y condición, desde las más humildes hasta las más elevadas en la esfera social. Añadamos á todo esto las múltiples obras ó sea instituciones de caridad desarrolladas maravillosamente, como en terreno propio, en este católico país, entre las que, como es sabido, descuellan las que fomenta y sostiene la gran Sociedad de San Vicente de Paúl, fuente riquísima de beneficios para un sinnúmero de menesterosos de alma y cuerpo. ¿Á qué continuar, hermanos míos, una reseña que sería interminable? ¿No está puesta de relieve la munificencia de la mano del Señor que nos ha colmado hasta aquí de un diluvio de gracias y mercedes en el orden sobrenatural, que jamás podríamos enaltecer bastantemente?

Mas no debemos mirar como ajenos, sino como nuestros los grandes beneficios dispensados por Dios á toda la Iglesia católica, al mundo en general, durante el siglo que va á hundirse en el pasado. ¿Por ventura no nos pertenecen de algún modo esos bienes de que sin duda hemos participado, siquiera indirectamente, no fuera más que por razón de la mancomunidad de intereses que liga á todos los miembros de la familia humana? Pues ¡cuánto más en virtud de la comunión de los santos! Entre la muchedumbre de esos bene-

ficios de que no podemos siquiera hacer memoria, justo es tener presente la celebración del primer Concilio Plenario de la América latina, recientemente congregado en la Ciudad Eterna, y cuyos decretos, promulgados ya canónicamente por la autoridad legítima, empezarán á regir con fuerza de ley mañana mismo, con el fruto espiritual que justamente podemos prometernos y que auguran las gravísimas palabras del Vicario de Cristo en sus Letras Apostólicas de la promulgación de los Decretos del Concilio¹. No olvidemos, en fin, que la preciosa vida del glorioso Pontífice León XIII, casi milagrosamente prolongada hasta hoy, bien merece contarse entre los más señalados favores que sus hijos hayamos recibido del cielo.

II. Concluyamos, pues, queridos hermanos en Jesucristo, alzando á lo alto el corazón y las manos en señal del más tierno y fervoroso hacimiento de gracias á la bondad inagotable del Dios de las misericordias, *cuius misericordiae non est numerus, et bonitatis infinitus est thesaurus*². Entonemos, ya que otro mejor no es capaz de formar la lengua humana, ese admirable himno eucarístico inspirado por el Espíritu Santo á dos insignes Padres de la Iglesia, y repetido por el pueblo cristiano millares de veces al pie de los altares en todos los grandes días de sus triunfos y regocijos: *Te Deum laudamus! Te Dominum confitemur!* Sí, Dios y Señor nuestro y de todo lo creado: á Ti solo alabamos y confesamos: á Ti, Padre eterno, á quien toda la tierra adora de rodillas, á quien los ángeles y los cielos y todas las sublimes potestades, rinden humilde vasallaje...

¹ Litt. Apost. Leon. PP. XIII «Iesu Christi Ecclesiam».

² Eccl. in Coll. pro grat. act.

á Ti, Cristo, Señor nuestro, único y verdadero Hijo de Dios; y á Ti también, ¡oh Santo Espíritu Paráclito, que del Padre y del Hijo procedes y, verdadero Dios, debes ser adorado y glorificado por todas las creaturas! Á Ti, por tanto, ¡oh Trinidad Beatísima! nuestros cánticos de amor y alabanza al terminar el siglo XIX y por siglos de siglos, por toda la eternidad: *in sæculum et in sæculum sæculi*.

Mas permite, Señor, ya que eres nuestro Redentor y Padre, que con tu preciosa sangre nos redimiste del pecado y del poder del infierno, permite que te dirijamos una súplica especial en esta hora solemne en que nada sabrías negar á tus humildes siervos: *Salvum fac populum tuum, Domine, et benedic hæreditati tuæ*¹. Salva, Señor, á tu pueblo, á tu pueblo de predilección. ¡Bendice á esta parte de tu heredad, ya tan colmada de bendiciones de tu mano! Sálvanos, porque, rodeados de enemigos y amenazados de peligros, estamos casi á punto de perecer: *Domine, salva nos, perimus*². Salva sobre todo nuestras católicas creencias, puestas á pique de zozobrar entre el oleaje de las malas doctrinas; salva nuestras cristianas costumbres combatidas por el escándalo de la procacidad del siglo. Salva la República y sus instituciones cristianas atacadas violentamente por la pluma y por la espada; salva su gobierno, sus magistrados y legisladores, sus ejércitos y los órdenes todos de sus ciudadanos.

Una especial bendición te pedimos que reserves ¡oh Pastor amantísimo de nuestras almas! para el que has instituído Vicario tuyo en la tierra, para el Pastor universal de tu rebaño: bendice á nuestro amado y vene-

¹ Ps. 27, 9.

² Matth. 8, 29.

rado Padre, el Santísimo Señor nuestro León XIII; y derrama también copiosas bendiciones sobre el Pastor particular de esta porción de tu grey, sobre todo el venerable clero secular y regular de Colombia, y, por especial manera, sobre mi querida madre, la mínima Compañía que se honra con tu nombre de Jesús, á fin de que sus pobres trabajos no sean infructuosos para la mayor honra y gloria de tu Majestad. Escucha, Señor, benignamente nuestras peticiones que responden á los más vivos anhelos de nuestro corazón. *In te, Domine, speravi, non confundar in æternum*! Así sea.

CONFERENCIA MORAL SOBRE LA FE.

(Bogotá.)

Certeza de la Fe.

Scio cui credidi, et certus sum...

Bien sé de quién me he fiado, y estoy cierto...

² Tim. 1, 12.

1. Así como nada seduce tanto al vulgo como aquello que lleva ó parece llevar el sello de lo sobrenatural, así nada como esto suspende y pone espanto á la razón. Anunciad un caso prodigioso, un milagro, y veréis cómo corre desalado el pueblo sencillo, el hombre de los instintos naturales, en pos del fenómeno preternatural, siguiendo los pasos del aclamado taumaturgo. Pero es entonces precisamente cuando la razón se alarma, detiene el paso, vacila sospechosa de ser juguete de alguna farsa miserable ó de cándida alucinación. Dicta, en efecto, la prudencia estudiar, reflexionar maduramente antes de dar por cierto y positivo un acontecimiento que sale de los límites de lo normal,